

LOS PRESOS DE CONCIENCIA EN LA URSS (*)

POR

NATALIA SOLZHENITSIN

Queridos amigos: Quiero llamarles así, porque nadie de ustedes esperaba hoy de mí historias divertidas, y sin embargo han venido. Han venido a enterarse de nuestra desgracia. Gracias.

Este verano, la prensa americana ha escrito más que nunca de los condenados sin culpa en la Unión Soviética. Han pasado miles, millones de personas por nuestros campos de concentración, pero ha sido la primera vez que la prensa lo ha comentado mucho y en profundidad. La prensa ha descrito la cruel presión que se había ejercido sobre los acusados durante la instrucción, en qué condiciones, inimaginables para los libres ciudadanos de Occidente, transcurrió el juicio. También ha escrito la prensa que aquellos hombres no se confesaron culpables ni imploraron la clemencia del tribunal. Que han salvado su honor, que han conservado su dignidad.

Ellos sí lo han salvado. Ellos sí lo han conservado.

Pero ¿y nosotros?

(*) El 29 de noviembre de 1978, en el campus universitario de Dartmouth (Nueva Inglaterra, USA), tuvo lugar el primer acto público organizado por la asociación «Cristianos por la libertad», fundada a iniciativa de los estudiantes de Dartmouth y miembros de la sociedad «Comunidad Cristiana». En este acto tomó la palabra Natalia, esposa del premio Nobel de literatura Alejandro Solzhenitsin, como presidente del Fondo Social Ruso de ayuda a los presos de conciencia, cuyo discurso reproducimos a continuación. Al acto asistieron, pese a la intensa nevada y el peligroso estado de las carreteras, cerca de 2.000 personas, que escucharon a la oradora con intensa emoción, muchas con lágrimas en los ojos. La prensa y televisión americana han hecho amplio eco de esta intervención.

Sentimos el deber de publicar este discurso que Natalia Solzhenitsin pronunció en ese acto.

Nosotros, ¿qué? Contra nuestro honor parece que nadie ha atentado, nuestra dignidad está intacta, se lee en nuestro rostro.

En agosto, los condenados se han ido a los campos de concentración, y nosotros, de vacaciones. Bueno —me dirán ustedes— no puede detenerse la vida porque en algún sitio haya injusticias. Y además, no sabemos exactamente qué ocurre allí, está tan lejos. Y por fin, seamos realistas: ¿qué podemos hacer nosotros desde el otro lado del océano?

Yo quisiera hacer notar que esta mentalidad de isleño tiene, hoy día, al menos dos profundos fallos. El primero es precisamente el olvido de la realidad. El mundo actual está unido en un apretado ovillo. No hay que ser especialista, no hay que ser político, economista, para comprender que la ignorancia se vuelve peligrosa para ustedes mismos. Sin embargo, no es éste el tema de nuestro encuentro de hoy. Sólo quisiera desear que superen ustedes este peligroso error antes de que pueda llamarse fatídico. Hoy quisiera hablar de otro peligro, quizá más profundo aún.

Siempre había estado convencida de que los hombres habían cambiado poco en el tiempo de su existencia histórica. De que el hombre que apretaba la empuñadura de una espada se diferencia del que tiene el dedo puesto en el botón "Arranque", inconmensurablemente menos de lo que se diferencia la espada del cohete. Pero ahora ya llevo cinco años viviendo en Occidente y empiezo a dudar de este hecho. En los primeros siglos de cristianismo, cuando una comunidad sufría crueles persecuciones, enviaban a un correo a las demás comunidades, a las demás Iglesias. No había tipografías para imprimir llamamientos, no había radio, no había aviones. Y el descalza emisario iba de Corinto a Antioquía, comiendo de lo que mandara Dios, caminaba semanas y meses, llegaba, sacaba la epístola de su zurrón de mendigo, y no oía en respuesta: "¡Es asunto interno del Imperio Romano!".

¿Dónde está, pues, *su* respuesta a la epístola de nuestros mártires?

Comprendo muy bien que la compasión no puede ser abstracta. Es difícil compadecer sin saber a quién, es difícil llevar una responsabilidad sin saber por qué. Pero ustedes han venido, y esto puede querer decir que desean saber.

Mi experiencia en América me ha mostrado que, casi siempre, incluso los que se interesen por la Unión Soviética no saben por qué cosas, realmente, se mete en la cárcel en nuestro país. Y por qué tenemos tantos de los llamados presos de conciencia. Pero es muy sencillo. Lo que pasa es que nuestro Estado, como cualquier Estado comunista, no se contenta sólo con funciones económicas y políticas. Pretende asumir el papel de jefe espiritual absoluto. No se reconocen, no se toleran ni las más mínimas desviaciones de las ideas que están obligados a profesar los ciudadanos de un país comunista. Por esto tenemos tantos presos de conciencia. Algunos ejemplos:

En Leningrado, en 1967, detuvieron a un grupo de estudiantes. Habían decidido estudiar por su cuenta, sin un comisario encima, el marxismo. Fueron detenidos todos, condenas de entre 2 y 12 años.

Un sacerdote, el ucraniano Vasili Romaniuk, puso su firma bajo una carta en defensa de otro ucraniano, historiador: ocho años al campo de concentración soviético más terrible, el *especial*. ¡Pero es el deber de un sacerdote, interceder por los perseguidos!

Una simple obrera de Riazán, Svetlana Shramko. Protestó más activamente que los demás de que su suburbio obrero lo envenenaban los humos de la fábrica vecina: la metieron en la casa de locos.

Y por fin, Alejandro Guinsburg, cuya suerte nos ha reunido hoy aquí, recibió su primera condena, aun en sus años de estudiante, por lo siguiente: había teclado a máquina y divulgado entre sus amigos unos versos no comprobados por la censura. Entre los autores, los había de los que hoy vienen a Europa y aquí como representantes oficiales de la poesía soviética. Su crimen era haber impreso estos versos antes de que hubiesen pasado la censura estatal: sólo el Estado puede decidir qué han de leer y qué no han de leer sus ciudadanos.

Ahora intentemos acompañar a un detenido en su "viacrucis". Ya el primer día, la primera hora de su detención, el preso de conciencia comprende que para él no habrá compasión. En sesenta años no ha habido en nuestro país un solo caso de absolución de un acusado político. Y ni una sola amnistía política en sesenta años. ¿Puede alguien indicarme otro país igual? Y ya el primer día, el detenido sabe que

la instrucción será cruel, que el juicio será una comedia, y que el cáliz tendrá que beberlo hasta el fondo. Así describe su primer día de cárcel el historiador Valentín Moroz, que por cierto, aún sigue en un campo de concentración:

“El primer día de cárcel es una infinidad llena de dolor. Todo absolutamente, los sonidos, los olores, las formas, las palabras, está tejido de dolor. El primer día de cárcel es un hombre sin piel. Cada recuerdo es una gota al rojo vivo... El primer día de cárcel es el mundo partido en dos. Cada nervio partido en dos.”

Esto, el primer día, pero hoy Moroz ya lleva 2.800 días. En el campo donde está, y donde está ahora Alejandro Guinzburg, hay un preso, Daniil Shumuk, que está cumpliendo ¡su 34º año! Y otro, el lituano Balis Gayauskas, cumplió 25 años; en 1973 fue puesto en libertad, pero este verano fue condenado a 10 años más.

Hablábamos de lo difícil, de lo duro que es el primer día, pero el primer día el preso aún no tiene hambre, aún recuerda las manos delicadas de su mujer y las caritas sonrientes de sus hijos. Pero ¿y después? He estado muchos años estudiando documentos sobre los campos soviéticos, los de ahora, los campos de Jruschev y de Brezhnev, y con plena responsabilidad declaro que los actuales campos de concentración soviéticos son campos de tortura. Seis días a la semana, ocho horas al día, un durísimo, agotador trabajo. Vacaciones no hay nunca. Celdas húmedas, frías. La luz especialmente tapada. De comida, apenas más de una libra de pan crudo al día. Col podrida, patata podrida. Categóricamente prohibidas las vitaminas. La Biblia, prohibida. Los libros preferidos, prohibidos. Recurrir, imposible. Ponerse enfermo sí se permite, pero no habrá médico. Miren lo que escribe el detenido de un campo especial, Iuri Fiódorov (está escrito en verano de 1977):

“Me es difícil imaginar una cárcel en que no maten de hambre, no aterricen, no insulten, no provoquen al preso a cada paso, en que dejen ver a los familiares y amigos. En cárceles de éstas, yo no he estado. He experimentado en carne propia toda la gama de escarnios y castigos, pensados para quebrantar espiritualmente y matar físicamente.

“En siete años he visto a mi mujer y a mi madre cinco veces. Por

intento de escribir un recurso me metieron en solitaria por dos meses. Desde allí fui directamente a la enfermería, pesaba 55 kilos, midiendo 185 cm. Durante la alimentación forzosa, cuando mi huelga del hambre, me ponían cada vez unas esposas, cerrándolas cerca del codo. Es un dolor tan infernal que hasta pierdes el conocimiento. Cuando dije al oficial que por ley las esposas se ponen en las muñecas, contestó, en son de burla: «pues aquí las muñecas llegan hasta el hombro».

"Por si acaso, ruego que cuiden de mi familia si no vuelvo. Ruego a todos los cristianos del mundo una oración por la salvación de mi alma."

Pero nuestros verdugos tienen otra arma más, quizá la más terrible: las casas de locos. Si una persona no ha cometido, ¡vaya!, nada en absoluto que bien o mal se pueda encajar en la ley, lo meten en la casa de locos. Y allí lo someten a tratamiento, a la fuerza, destruyen su mente, destruyen su alma. He aquí el grito, desde la casa de locos, del preso Crennyshov.

"Apelo a los creyentes. Aquí lleva más de 25 años consumiéndose N. I. Broslavski, creyente. Y Timonin... sus sentimientos religiosos son escarnecidos, exigen que reniegue de su fe, si no no lo sueltan. ¡Cristianos! Vuestros hermanos en Cristo están sufriendo. ¡Salid en defensa de mi alma! No es mi cuerpo, es mi alma que quieren clavar en la cruz, ¡mejor que pisoteen el cuerpo! ¡Cristianos! No toleréis que a un hombre sano le empiecen a administrar una sustancia que destruya su alma".

Aquí, ahora, ha oscurecido; en cambio en Rusia está amaneciendo. Y pronto empezarán los tratamientos médicos. Y la primera de las tres inyecciones diarias para destruir el alma, se la van a poner bajo la piel a los desdichados.

Hoy aquí hay muchas mujeres. Imagínense que es a su marido al que se han llevado y no sabe cuándo lo volverá a ver. Y acto seguido de su detención, a usted, tal vez, la despiden de su trabajo. Sé que es difícil de imaginar, ¡pero hagan un esfuerzo! Usted necesita sacar adelante a los hijos, necesita ir al campo a la visita. Pero el billete cuesta tres, cinco, quizá siete de sus sueldos mensuales. ¿Y con quién dejará a los niños? Llevarselos con una es muy caro y muy cruel.

Y también puede ser que usted llegue, y le diga un guardián, con una risita: "Pues su marido está castigado sin visitas". Y se irá usted de vuelta, tragándose las lágrimas.

Lágrimas, lágrimas, desdicha, abandono. Pero, ¿dónde están los amigos, dónde están las organizaciones —no estatales, privadas— llamadas a atender a estos infelices? Una pregunta lógica. Pero su respuesta son los 60 años de guerra sin cuartel que lleva haciendo el comunismo contra la misericordia en nuestro país. Después de la revolución fueron suprimidas todas las entidades benéficas, que eran numerosísimas en Rusia. A la Iglesia se la ha privado legalmente del derecho a la beneficencia. De modo que hoy las parroquias pueden recoger fondos, pero no tienen derecho a gastárselos en ayuda del prójimo. Y cada persona que por su propia cuenta ayuda a sus amigos o familiares caídos bajo las ruedas de nuestra "justicia" sabe que por este solo hecho ya se hace sospechosa y se pone ella también en peligro. Pero la misericordia está profundamente arraigada en nuestro pueblo y no han podido matarla. Y así, cada vez más, cada vez más abiertamente se han puesto las personas a ayudarse unas a otras. Y ha aparecido un hombre que decidió hacer esta ayuda regular, importante, seguida. Para aquella fecha, este hombre ya había estado dos veces en nuestro "archipiélago". Su nombre es Alejandro Guinsburg. En 1972 salió en libertad tras su segunda condena, gravemente enfermo. Y conoció a Alejandro Solzhenitsin. Los dos son auténticos hijos del *Gulag*. No a todo el que ha estado allí se le puede llamar hijo del *Gulag*, sino sólo al que no ha olvidado a los que quedan tras rejas. Solzhenitsin y Guinsburg decidieron organizar un Fondo Social Ruso de ayuda a los presos de conciencia. Para este fin A. Solzhenitsin entregó sus derechos de autor sobre sus obras publicadas en Occidente. Y la ayuda empezó a materializarse ya en 1973. Cuando en 1974 Solzhenitsin fue expulsado por la fuerza del país, su primer acto en el extranjero fue la confirmación en Suiza de esta Fundación. Alejandro Guinsburg pasó a ser su director-administrador en la URSS.

Era amigo íntimo de nuestra familia. Y puedo decir que es una de las personas más maravillosas de nuestra generación. Auténtico cristiano, vivía con la conciencia de que la fe sin las obras es

muerta. Gravemente enfermo, jamás se negaba a quien lo necesitaba. Para todos encontraba tiempo, una palabra amable, comprensión. Tenía una memoria privilegiada, y en su memoria conservaba las direcciones, los nombres de cientos de reclusos. Se le podía despertar en mitad de la noche y sabía exactamente quien necesitaba urgentemente dinero para ir a visitar a su marido, qué niño, hijo de un preso, estaba enfermo, y qué medicina necesitaba, a qué niña se le había quedado pequeña la ropa de abrigo con el invierno en puertas. Lo que es ser cristiano. Pero mirémosle desde el punto de vista del poder. Desde el punto de vista del poder, es un peligrosísimo delincuente, desde el momento en que nuestro Estado nos considera a todos como su propiedad, no sólo nuestros cuerpos, sino también nuestras almas. Quiere no sólo matar físicamente, sino también quebrantar el alma. Pero a un preso le es más fácil resistir si sabe que sus hijos no pasarán hambre ni frío, que a su mujer la ayudan. De modo que el delito de Guinsburg es haber atentado a la totalidad del poder. Luego es un enemigo, luego hay que quitarlo de en medio, y lo mejor matarlo.

Lo detienen. La instrucción dura diecisiete meses. Ahora se ha sabido que los 17 meses enteros le han estado ilegalmente amenazando con fusilarlo. Las leyes soviéticas no permiten tener abogado durante la instrucción. Está usted sólo frente a su juez de instrucción hasta que no termine el sumario: ni una carta a su familia, ni una visita. Pues bien: 17 meses de instrucción, 400 testigos interrogados, los acosaban: ¿habéis recibido ayuda del Fondo? ¿Cuándo, de quién, cuánta?; 55 grandes tomos de expediente judicial. Y esta grandiosa instrucción, ¿qué? ¿Cuál es su conclusión, qué delitos ha descubierto? Pues ahí tienen un documento impresionante, la sentencia de Guinsburg. Les ruego a todos que se hagan bien cargo de lo que van a oír:

— En 1974 Guinsburg entregó a Podobáilov *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsin y la colección *Habla Sájarov*.

— En 1975, dio a Gradobóyev *Archipiélago Gulag*.

— A otros ciudadanos (se enumeran seis nombres) dio la colec-

ción *Voces bajo las rocas*, las revistas "Viestnik RSJD" y "Continent" (editadas fuera de la URSS, n. del t.).

— Además, Guinsburg participó en la confección de documentos de contenido calumnioso para el régimen social soviético. (Se trata de documentos acerca de la situación en las cárceles y campos de concentración, y de la persecución religiosa.)

— Asimismo Guinsburg ha confeccionado tres documentos dirigidos al Praesidium del Soviet Supremo de la URSS y a la Comisión de los Derechos del Hombre.

¿Y nada más?

Nada más. Sigo leyendo la sentencia:

— La culpabilidad de Guinsburg de tenencia, propagación y divulgación de la citada literatura antisoviética está probada.

— Por todo lo expuesto fallamos: declaramos a Guinsburg, Alejandro Ilyich, culpable del delito previsto en el art. 70, apartado 2.º, del C. P. de la RSFSR y lo condenamos a la pena de privación de libertad por tiempo de ocho años, que cumplirá en una colonia de reeducación por el trabajo de régimen *especial*.

Con la salud quebrantada de Guinsburg, un campo de *régimen especial* es la muerte, y los jueces lo sabían perfectamente. Luego lo asesinaban. Pero no hubieran sido ellos si se hubiesen conformado con esto. Todos nuestros juicios siempre se acompañan, además, de escarnios. Ahí van sólo unos pocos:

El enfermo Guinsburg tenía dificultad para mantenerse de pie durante la vista, y en un momento dado solicitó la autorización de sentarse. El juez se la denegó.

El tribunal se basó en las declaraciones del ratero Gradobóyev, cuatro veces condenado por hurto, falsificaciones y pornografía. Cuando el primer día hubo lanzado contra Guinsburg un torrente de sucias falsedades, la mujer del acusado le dijo en un receso: "Dios te juzgue por las lágrimas de mis hijos". Este testigo se quejó al tribunal, y la mujer de Guinsburg fue expulsada de la sala del juicio, hasta el final.

Los amigos de Alik, a ninguno de los cuales se les dejó presenciarse el juicio, estuvieron los cuatro días enteros de pie ante el juzgado, literalmente de pie. Allí enfrente, en un jardincito, siempre habían estado unos bancos; la víspera del juicio, se los llevaron.

Y, por fin, la escena final. Los que la han presenciado dicen que no la olvidarán jamás. La mujer de Guinsburg y todos sus amigos esperan de pie en la calle, en un silencio contrito, que lean la sentencia. El último día, todos han traído flores. Para tirarlas bajo las ruedas del furgón que se lleve a Alik Guinsburg. No pueden darle un abrazo, ni estrecharle la mano, ni siquiera verle: sólo echar flores a la mugrienta calzada. Conocen el furgón en que se lo llevan cada día y esperan que arranque. Callados, inmóviles, cada uno con una flor en la mano, como cirios en un entierro. El furgón arranca, y los amigos van tras él. Empiezan a escandir: "¡A-lik! ¡A-lik!". El académico Sájarov, nuestro orgullo y nuestra conciencia, con su cabeza cana, jadeando, corre tras el furgón y grita: "¡A-lik!". Y de pronto el furgón se para, alrededor se levanta una algarabía, unas risotadas: son gente de la KGB. Abren las puertas traseras y se ríen: "¡Mirad vuestro Alik!". Lo que hay son cajones de botellas vacías de leche.

¿Verdad que es divertido?

Nuestros anfitriones hoy aquí son estudiantes. Heredaréis un mundo alegre y doliente, inmenso y complejo. Uno no elige a sus padres, y tampoco elige a su patria. Vuestra patria es el líder del mundo libre, y lo queráis o no, esto os impone obligaciones. La suerte del mundo depende no sólo de la riqueza de vuestro país, no sólo del acierto de vuestros políticos, sino también de su espíritu, o sea, de vuestro espíritu. Ya sé que el orgulloso espíritu de hombres libres es difícil de conservar. Máxime que muchos de vuestros líderes os dan lecciones de oportunismo, de cinismo e indiferencia. Este otoño el consejero del Presidente Marshall Shulman redactó un informe sobre las relaciones soviético-americanas. Enumeró diversos gestos de pretendida buena voluntad de la URSS, que significaban, en opinión del consejero, su intención de mejorar las relaciones. Entre estos "movimientos de buena voluntad" nombró cínicamente: la Unión Soviética no ha condenado a la pena

máxima a sus ciudadanos. No será "la pena máxima", pero hay de sobra para morir. No será la pena máxima, pero la han impuesto a hombres inocentes. Este informe, y este argumento, "La Voz de América" los ha radiado a la Unión Soviética. Y allí la gran masa lo ha interpretado como lo que es, como cinismo. Y la semana pasada, el presidente del Comité Olímpico publicó una declaración de que todo deportista occidental que en Moscú hiciese un acto que pudiese ser calificado de manifestación política, sería privado de sus medallas. Pero desde el punto de vista del gobierno soviético, dar una Biblia a quien lo necesita es una manifestación política. Y si uno intenta hablar sin chivatos, sin policías disfrazados, con un soviético, también es una manifestación política. De modo que este respetado líder os invita a lo siguiente: no penséis en los que sufren, no penséis en sus mujeres e hijos, no penséis en los que quieren la Biblia; pensad en las fotos, en las medallas, en el éxito. Pero una juventud, si se vuelve tal como la quiere el Comité Olímpico, ¿qué falta le hará a la humanidad? ¿Qué le podrá aportar?

¡Estudiantes! Os enseñan a comprobar la teoría en la práctica. No os pido que me *creáis*, pero os pido que *comprobéis* lo que he dicho hoy. Sólo os pido una cosa: no seáis indiferentes. Dudad. Pero comprobadlo. Cread comisiones, no oficiales, privadas, esas vuestras, estudiantiles, y tratad de que os dejen simplemente *ver* los campos de concentración y las cárceles soviéticas. Ni un sólo extranjero ha visitado nunca nuestros campos. En cambio Chile, este año, ha dejado a una comisión vuestra, americana, visitar sus cárceles. No os dejarán entrar, no os contestarán, o lo harán con groserías, pero con esta sola exigencia aliviaréis la suerte de los prisioneros en los campos.

¡Cristianos! No os haré ningún llamamiento, por que cada uno de vosotros, quien es de verdad cristiano, ya está llamado. Pero permitidme que pregunte: ¿dónde estáis? Es que en el siglo XX, Rusia está mucho más cerca de América que Corinto de Antioquía en los primeros siglos. ¿Dónde estabais cuando destruían nuestra Iglesia? Nos han dejado sin pastores: 300.000 sacerdotes había en Rusia al final del siglo pasado, ahora hay 14.000. Han enmudecido

las campanas. 60.000 iglesias, 25.000 capillas, 800 monasterios había en Rusia. Ahora los monasterios son menos de diez, y las iglesias, 6.500. La gente va a cientos de kilómetros para encontrar una iglesia. Y en las fiestas, la multitud es tan densa que no se puede levantar la mano para persignarse. Y jóvenes padres están horas con sus hijos en brazos y sus rostros irradian luz.

En nuestros días se utiliza mucho la palabra "milagro". Va un cohete a Venus, es un milagro. Y aprenden a operar el corazón, otro milagro. Yo, de profesión, soy matemático. Y sé qué profunda emoción, qué alegría, incluso júbilo, puede provocar en nosotros una idea humana fuerte y luminosa. Pero a pesar de todo, yo llamaría milagro sólo a lo que tiene relación con el Espíritu. Y tengo la dicha de decirlo hoy que uno de estos milagros se ha producido en mi Rusia. La Iglesia asesinada, escupida, destrozada, está viva. La fe no ha muerto, ha renacido. No estuvisteis con nosotros cuando nos asesinaban. Pues venid hoy, cuando nos levantamos. Habrá muchas víctimas más. Un hombre estupendo, magnífico, fuerte, Igor Ogurtsov, del que podría enorgullecerse cualquier pueblo, y llegará el día que se enorgullezca Rusia, ¡ha recibido veinte años de condena! Por el delito de pensar en las vías de recristianización de nuestra patria. Once años ya los ha cumplido, y su salud está destruida irreversiblemente, está pereciendo en el campo. Quizá la semana que viene será el juicio del jefe de los adventistas, Vladimir Andréyevich Shelbov, de 83 años. Es su cuarta detención, en las cárceles de la Unión Soviética ya ha pasado veintitrés años. Y ayer ha llegado a Occidente la noticia de que han detenido al joven Alejandro Ogoródnikov. Su crimen está en haber organizado grupos de estudio de jóvenes, grupos de estudio cristianos. Es que en nuestro país es delito criminal reunir a un grupo de más de tres niños y enseñarles el catecismo.

¿Quién cuidará de viejos y jóvenes metidos en la cárcel? ¿De mujeres y hombres? ¿De sus hijos y ancianos padres? Nuestro fondo lo hará. Pero también el Fondo está amenazado. Ahora lo dirige la mujer de Guinsburg, Irene. Pues ya la están amenazando. Alrededor de ella se organiza una mascarada de pseudobandidos.

La amenazan con asesinar a sus hijos si no entrega el dinero, si no renuncia al Fondo. ¿Tal vez hoy acudáis en ayuda?

No haré ningún llamamiento a los cristianos, pero quiero compartir con ellos una reciente alegría. Hace tres semanas he recibido, naturalmente, no por correo, un escrito de la Unión Soviética. Esta carta la ha escrito un obrero que ya ha estado dos veces en nuestro "archipiélago". Escribía sobre la importancia del Fondo, no sólo por el apoyo material, sino también por el moral. Daba las gracias, y desde luego, recibir una carta así es agradable. Pero la principal, la inmensa, la indecible alegría que he tenido fue por lo siguiente: de epígrafe a su escrito, había puesto las palabras del Salvador:

Porque tuve hambre, y me disteis de comer;
tuve sed, y me disteis de beber;
estaba desnudo, y me vestisteis;
enfermo, y me visitasteis;
preso, y vinisteis a verme.

Creedme, ésta es la máxima alegría que puede experimentar un cristiano. Trabajad, ayudad, y vosotros también compartiréis esta alegría.